

universal de culpa pronunciado por Dios. Cuando juntamos nuestra avaricia con el orgullo que la sustenta, comenzamos a ver la naturaleza desesperada de nuestros corazones, pues aunque Dios aborrece la avaricia, el orgullo es una abominación para Él.

Pero, ¿acaso la envidia es tan mala? Ciertamente, ¿No es tan mala como digamos el asesinato, el robo o como dormir con la esposa de mi prójimo? Aunque es verdad que la codicia, la envidia y la insatisfacción son internas; y el asesinato, el robo y el adulterio son externos, de ninguna manera significa que la codicia sea menos que un pecado cuando se le compara con estos. De hecho, el asesinato, el adulterio y todos los otros pecados son meramente expresiones de avaricia. En otras palabras, podemos seguirle la pista a todos los crímenes hasta dar con un espíritu de codicia.

Aún si este no fuese el caso, permanece el hecho de que no tenemos el derecho de envidiar los bienes o situación en la vida de cualquier hombre porque Dios nos ha ordenado que no lo hagamos. No necesitamos establecer un vínculo entre el asesinato y la avaricia para que la avaricia sea tan mala como el asesinato. Más bien, todo lo que debemos hacer es encontrar la fuente para los mandamientos en contra del asesinato y la avaricia, y esa fuente no es otra que Dios mismo. Por lo tanto, el asesinato es malo debido a que Dios ha dicho que el asesinato es una violación de Su ley. Y debido a que Dios ha dicho que la envidia, los celos y la codicia son violaciones de Su ley, ¿entonces son manifestaciones de rebelión contra Él!

Continuará...

Nota: En nuestra próxima edición estaremos finalizando la presentación de esta *Introducción* del libro de Steve Henning. Esperamos que se anime a obtener el ejemplar completo de esta obra.

E-Mail: domadar@yahoo.com — Telf. 2575-1000
Website: www.contra-mundum.org/renovacion.html

Comunidad
Cristiana
Renovación

Nº B-02

Una Armonía Temática
de la Confesión de
Westminster

Cuando las Cosas Buenas
le Pasan a la Gente Mala



La Incapacidad Humana

9 de Agosto, 2009

Buenas Intenciones en la Educación (III)

Por Donald Herrera Terán

Cuando se habla del pecado en la educación el primer pensamiento de los maestros es señalar la mala conducta del alumno como si todo el concepto del pecado se circunscribiera a ese punto.

Sin embargo, y sin dejar de lado la distorsión de la conducta, en este editorial quiero señalar la **distorsión del proceso de razonamiento** que produce el pecado. El pecado hace que los hombres *pensemos* mal, *sintamos* mal y *actuemos* mal. Todos los ámbitos de nuestro ser se ven afectados por el pecado.

De allí que, en la educación cristiana, la meta no es tener un “aula perfecta, con alumnos perfectos que hacen sus tareas de manera perfecta.” Quizá los Fariseos estén de acuerdo en que esa sería la meta del aula cristiana. Sin embargo, a la luz de la doctrina del pecado, el maestro cristiano se enfrenta al reto de *razonar a partir de las Escrituras* con respecto a la asignatura que enseña y al método que usa para enseñarla.

Los hombres, por nuestra naturaleza de *enemigos* de Dios y Su Reino, no comulgaremos de manera natural con la visión bíblica del mundo. ¡Lucharemos por hacer valer nuestra “opción b” con respecto a la interpretación de la realidad! Y no importa si esta realidad se presenta en categorías numéricas (matemáticas), hechos secuenciales (historia), datos geográficos, la psiquis del hombre (psicología), la apreciación estética (la clase de arte), la herramienta para comunicar ideas (español), el dominio en mayordomía (economía bíblica), o cualquiera de las llamadas “ciencias puras” (física, química, biología, etc.).

No hay forma de enseñar ninguna de esas asignaturas de manera *neutral*, es decir, sin hacer referencia a ninguna cosmovisión. Y la maneja como se enseñe tal asignatura resultará ser una validación de una determinada cosmovisión. Si el maestro se precia de ser cristiano, entonces la cosmovisión establecida, validada y defendida ha de ser la cosmovisión bíblica tal como se encuentra en los escritos totales del Antiguo y Nuevo Testamento.

La ingenuidad consiste en no mirar el pecado en su dimensión intelectual. Podemos corregir la conducta, pero si seguimos validando una cosmovisión rival de la Fe Cristiana entonces esa misma cosmovisión se encargará de incentivar la misma conducta que tratamos de corregir. ¡O sembramos o arrancamos!

Cuando las Cosas Buenas les Pasan a la Gente Mala

El Cristiano y la Envidia
(5a Parte)

Por Steve Henning

Quiero enfatizar desde el principio, sabiendo y esperando que mis lectores serán críticos, que el título de este libro también es filosóficamente imperfecto, no vaya a ser que los hombres lean más allá de mis pensamientos. Sin embargo, este título está sesgado de forma consciente. En otras palabras, me estoy dando a conocer a mí mismo. Aunque el título *Cuando las Cosas Buenas le Pasan a la Gente Mala* es una verdadera reflexión de mucho de nuestro pensamiento e incluso del pensamiento de los santos de la Biblia, hombres como Habacuc, Jonás y David, existen al menos dos problemas implícitos con el título.

Primero, nuestro título plantea de forma incorrecta una falsa dicotomía entre los hombres en su referencia a la gente mala. Estas palabras insinúan que hay gente mala y luego están aquellos que no son tan malos. En otras palabras, hay justos, que buscan a Dios de corazón, con toda su alma, mente y fuerzas, y luego, claro está, están aquellos que son espiritualmente inferiores. Pero esto es cometer exactamente el error opuesto cometido por Kushner. El rabino Harold Kushner comienza su libro con la premisa de que la mayoría de personas que sufren es gente buena. Está equivocado, como lo veremos más adelante. En la misma veta de error están aquellos que presuponen que muchos son inferiores a ellos mismos. Para aquellos de nosotros que nos hemos hecho la pregunta en cuanto a por qué ciertos hombres y mujeres prosperan, hemos asumido de alguna manera que somos intrínsecamente más justos o más santos o más merecedores que ellos. ¿Somos nosotros, quienes trabajamos, quienes tratamos de agradecer a Dios, y quienes vivimos en paz con nuestros vecinos, intrínsecamente mejores que el hombre, la mujer o el adolescente que tiene una gran riqueza y prosperidad, pero que sin embargo es deshonesto, irreligioso y que se preocupa muy poco o casi nada de sus prójimos? Muchos responderían, “por supuesto.” Sin embargo, debemos hacer una pausa y buscar la opinión de Dios en este asunto, a menos que estemos dispuestos a decir que Él no importa. Dios declara que todos los hombres hemos quebrantado Su ley, y cuando entendemos que el último de los Diez Mandamientos legisla contra la avaricia, podemos entender el veredicto

La Incapacidad Humana

“Nadie puede venir a mí, a menos que el Padre que me envió lo traiga.” Juan 6:44

(7a Parte)

Ahora bien, existe tal cosa como ser traído por el Evangelio y ser traído por el ministro sin ser traído por Dios. Claramente es una atracción *divina* la que se quiere describir con esto, una atracción del Dios Altísimo, la Primera Persona de la Santísima Trinidad que envía a la Tercera Persona, el Espíritu Santo, para inducir a los hombres a venir a Cristo. Otra persona se voltea y dice con una sonrisa burlona: “Entonces, ¿piensas que Cristo arrastra a los hombres hacia Él, al ver que ellos no quieren?” Recuerdo una conversación con alguien que me dijo una vez: “Tú predicas que Cristo arrastra a la gente tomándola de los cabellos y los lleva hacia Él.” Yo le pedí que me diera la fecha del sermón en que prediqué esa extraordinaria doctrina, pues si la recordaba, se lo iba a agradecer. Sin embargo, no pudo encontrarla.

Pero respondí que, si bien es cierto que Cristo no arrastra a la gente tomándolos de los cabellos, creo que los atrae tomándolos del *corazón* de manera tan poderosa como el ejemplo que tu caricatura sugiere. Fíjense bien que en la atracción del Padre no hay ningún tipo de compulsión. Cristo nunca obligó a nadie a venir a Él en contra de su voluntad. Si un hombre no quiere ser salvado, Cristo no lo salva en contra de su voluntad. Entonces, ¿cómo le trae el Espíritu Santo? Pues, *haciendo que quiera venir*. Es cierto que utiliza la “persuasión moral.” Él conoce un método más cercano para tocar el corazón. Va a la fuente secreta del corazón y Él sabrá cómo, por medio de alguna operación misteriosa, cambia la voluntad y la pone mirando en la dirección contraria de tal manera que el hombre es salvado “*con pleno consentimiento en contra de su voluntad,*” es decir, en contra de su *vieja* voluntad es salvado, citando las palabras paradójicas de Ralph Erskine.

Cómo ocurre esto, nadie lo sabe. Es uno de esos misterios claramente percibidos como un hecho, pero cuya causa ninguna lengua puede declarar y ningún corazón puede adivinar. Sin embargo, sí les podemos decir la manera aparente en que el Espíritu Santo opera. Lo primero que el Espíritu Santo hace cuando entra al corazón de un hombre es esto: lo encuentra dotado con una muy buena opinión de sí mismo. Y no hay nada que impida tanto a un hombre venir a Cristo como una buena opinión de sí mismo.

La Confesión de Fe de Westminster (1647)	La Confesión Belga (1561)	El Catecismo de Heidelberg (1563)	Los Cánones de Dordt (1618 -19)
Cristo el Mediador			
Cap. VIII	Arts. 17-21, 25, 26	PP: 12, 14-18, 29-52, 60, 61	Cap. I, arts. 2, 7, Cap. II, arts. 1-9, RE 1-7.
El Libre Albedrío			
Cap. IX	Art. 14	PP. 5, 8, 114, 124	Cap. III/IV, arts. 3-5, 16, RE 3-5
El Llamamiento Eficaz			
Cap. X	Art. 24	P. 65	Cap. I, art. 6, 7; Cap. II, art. 8, 9; Cap. III/IV, arts. 8-17, RE 6-9
La Justificación			
Cap. XI	Arts. 20, 22, 23	PP. 1, 20-22, 36-40, 44, 45, 52, 56, 59-65, 84, 115, 126	Cap. II, RE 4
La Adopción			
Cap. XII	Art. 18	PP. 33, 120	Cap. V, art. 6, RE 6
La Santificación			
Cap. XIII	Art. 24	PP. 32, 34, 42, 43, 45, 49, 58, 70, 76, 86-90, 115	Cap. I, arts. 12, 13, 16; Cap. III/IV, arts. 11, 16, RE 6-9; Cap. V, arts. 1-4, 14.
La Fe Salvadora			
Cap. XIV (Vea también XI. 2)	Arts. 22-24	PP. 20-23, 60-61	Cap. I, arts. 2-6, RE 3, 5; Cap. II, arts. 5, 7, 8, RE 4; Cap. III/IV, arts. 14; Cap. V, art. 8, RE 3, 7.

Dice el hombre: “Yo no quiero venir a Cristo. Yo tengo mi propia justicia tan buena como cualquiera pudiera desearla. Siento que puedo entrar al cielo con mis propios méritos.”

El Espíritu Santo desnuda su corazón, le permite ver el carácter repugnante que está allí consumiendo su vida, le descubre toda la negrura y la inmundicia de esa alcantarilla del infierno, es decir, el corazón del hombre. Entonces el hombre se horroriza, “Nunca pensé que yo fuera así. Oh, esos pecados que yo consideré pequeños han alcanzado una estatura inmensa. Lo que pensé que no era más que un montón de tierra ha crecido hasta llegar a ser una montaña. Lo que no era más que una plantita creciendo en la pared se ha convertido en un cedro del Líbano.” “Oh,” piensa el hombre, “voy a tratar de reformarme. Haré las buenas obras que se necesiten para borrar todas mis negras acciones.”

Entonces viene el Espíritu Santo y le muestra que no puede hacer esto, le quita el poder imaginario y la fuerza que estaba en la fantasía, de tal forma que el hombre cae de rodillas en agonía y exclama: “Oh, pensé una vez que podía salvarme por mis buenas obras, pero ahora me doy cuenta que:

*“Mis lágrimas podrían rodar eternamente,
Mi celo podría no conocer el descanso;
Mi pecado no puede ser expiado con nada
Sólo Tú puedes salvar, Señor debes salvarme.”*

Entonces el corazón se despierta y el hombre está al borde de la desesperación. Y exclama: “No podré ser salvo nunca. Nada puede salvarme.” Entonces llega el Espíritu Santo y muestra la Cruz de Cristo al pecador, le da ojos ungidos con colirio del cielo y le dice: “Mira a esa Cruz. Ese Hombre murió para salvar a los pecadores. Sientes que eres un pecador. Él murió para salvarte.” Y Él hace que el corazón crea y venga a Cristo. Y cuando viene a Cristo porque el Espíritu le ha traído dulcemente, encuentra “la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento, la cual guardará su corazón y pensamientos en Cristo Jesús Señor nuestro.” Ahora podrán darse cuenta con toda claridad que todo esto puede hacerse sin necesidad de ninguna compulsión. El hombre es traído tan de buena gana que es como si no fuera traído. Y viene a Cristo dando su pleno consentimiento, tan de buena gana como si ninguna secreta influencia hubiera sido aplicada a su corazón. Pero esa influencia *debe* ser aplicada, pues nunca ha habido nadie, ni tampoco lo habrá, que pueda o que quiera venir al Señor Jesucristo.

Continuará...

Armonía Temática de la Confesión de fe De Westminster y las Tres Confesiones Reformadas

La Confesión de Fe de Westminster (1647)	La Confesión Belga (1561)	El Catecismo de Heidelberg (1563)	Los Cánones de Dordt (1618-19)
La Escritura y la Revelación			
Cap. I	Arts. 2-7, 25, 32	PP. 19, 21, 22, 98, 117, 122	Cap. III/IV, arts. 6, 17; Cap. V, art. 14
La Doctrina de Dios y la Trinidad			
Cap. II	Arts. 1, 2, 8-11	PP. 24-26, 33, 53, 94, 95	Cap. II, art. 4
La Soberanía de Dios y los Decretos de Dios			
Cap. III	Arts. 13, 16	PP. 26, 54	Cap. I, arts. 6-18, RE 1-9; Cap. II Art. 9; Conclusión.
La Creación			
Cap. IV	Arts. 10, 12, 14	PP. 6, 26	Cap. III/IV, art. 1
La Providencia			
Cap. V	Art. 13	PP: 26-28, 50	
La Caída del Hombre en el Pecado y Su Castigo			
Cap. VI	Arts. 14, 15	PP. 5, 7, 8-14, 60	Cap. I, art. 1; Cap. II, art. 1. RE 5; Cap. III/IV, arts. 1-4, RE 1-5.
El Pacto			
Cap. VII	Art. 18, 34	PP: 74, 77, 82	Cap. I, art. 17; Cap. II, art. 8, RE 2, 4, 5.